

FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO

Edición especial

Número 38

La cultura de la mente

Por Gabriel Burgos Suárez

LA CULTURA DE LA MENTE

GABRIEL BURGOS SUÁREZ

La Teosofía ha dado grandes aportes para el conocimiento del ser humano, de su papel en el mundo, del Plan Divino, de su destino final, etc. Un aporte muy importante es el de la constitución septenaria del hombre, siete estados con funciones específicas en cada uno de ellos, que se pueden examinar en tres condiciones: como Mónada (eterna e inmortal), individualidad (relativamente inmortal), y personalidad (totalmente mortal).

Los antiguos griegos dividían el universo en tres partes:

1. El mundo supremo, morada de la Deidad y sus emanaciones inmediatas: los dioses mayores.
2. El mundo superior, morada de los dioses menores, semidioses y héroes, en razón de sus nombres.
3. El mundo inferior físico: los cuatro reinos de la naturaleza, los elementales, los espíritus tutelares.

El hombre, en vista de su propia constitución, vive en esos tres mundos:

1. Su principio espiritual en la esfera suprema.
2. Su intelecto es la esfera intermedia, la cual participa de las cualidades divinas y humanas.
3. El cuerpo funciona en el mundo físico.

La mente fue susceptible de una división en tres partes correspondientes:

1. La mente divina del hombre, capaz de ascender a la realización de su principio espiritual.
2. La mente animal del hombre, capaz de descender a los abismos de su naturaleza física inferior, está destinada solo a la gratificación sensoria. Por eso lucha por conseguir comodidad corpórea; ignora las responsabilidades de la vida, y al ser gobernada por esta faz de la naturaleza mental los iniciados griegos declararon que era espiritualmente muerta.
3. Entre éstas, la mente humana, la cualidad conciliadora que une los dos extremos.

Al mundo supremo, esfera blanca — que es luz espiritual, los cristianos le llamaron cielo. Al mundo superior, esfera gris — que es mezcla de luz y oscuridad, los cristianos le llamaron tierra. Al mundo inferior, esfera negra — que es plena oscuridad, significa tristeza, incertidumbre, aflicción y pena, que prevalece cuando falta la iluminación, los cristianos le llamaron infierno.

Muy pocos comprenden que cielo, tierra e infierno, son condiciones de la conciencia y no lugares o localidades. Se interpenetran y el hombre funciona y existe en cualquiera de estos tres estados, con los cuales armoniza según su punto de vista espiritual, intelectual y ético.

Vive en el cielo aquel que realiza el eterno y todo penetrante poder del bien, y vive para servir a sus semejantes. Está en el infierno quien, ignorante del propósito de la vida, odia y teme, lucha contra ese desconocido poder que modifica sus fines. Se denomina humano aquel en quien están combinados el gozo del cielo y el temor del infierno.

La vida es una gradual ascensión en la cual el alma se eleva a sí misma del pegajoso cieno terrenal hasta la clara luz blanca del entendimiento. El mundo es una escuela en donde el ser humano tiene todas las oportunidades para ese ascenso. En las primeras etapas lo hace inconsciente y lentamente. El dolor le hace enderezar su camino. Luego lo hace consciente a medias y finalmente con plenitud de conciencia. En la etapa intermedia es donde hay mayor lucha y en la cual debemos usar debidamente las potencialidades de la mente.

Nos encontramos aquí con algo aparentemente paradójico: se nos dice que la mente es el “matador de lo real”. ¿Por qué? Porque todo lo vemos a través de los cristales coloreados de nuestro propio entendimiento en forma incompleta y muchas veces distorsionada. La mente se identifica con el mundo de las formas que considera el único real, aunque es pasajero, e ignora la Realidad eterna e inmortal que se oculta tras ellas.

Sin embargo, es con la mente que debemos elevarnos para acercarnos a nuestra meta de la Realización del Ser Real. Debemos, por tanto, conocer muy bien esa mente, sus posibilidades y limitaciones. Para ello hay muchos requisitos, algunos de los cuales podemos examinar ahora:

Mente abierta.

Es imperativo que la capacidad mental sea desarrollada. La mente puede ser comparada con una corriente de agua, y para su protección y seguridad es esencial que los procesos mentales fluyan constantemente. El agua en movimiento es pura, si se estanca se emponzoña. Si se estanca por una obstrucción en la corriente el remedio es hacer que fluya constantemente. El pensamiento estancado se encuentra habitualmente en una mente “cerrada” debido a prejuicios, preconceptos, conceptos mal entendidos, actitudes dogmáticas, etc. Si la mente es amplia, como debe serlo, y abierta en sus dos extremos, pues la mente humana está en el medio, está pasando siempre a través de ella una corriente de pensamientos vivientes, hermosos y plácidos, de ideas, ideales, conceptos profundos y elevados. Para que esa corriente no tenga obstáculos debe hacerse un dragado que le permita fluir libremente.

La “fraternidad” es un hecho de la naturaleza. ¿Cómo puede entenderse y vivirse si se tienen prejuicios de raza, sexo, religión, posición económica o social, etc.? Los prejuicios estancarían la mente y no podrá comprenderse la verdad de la fraternidad. Y lo mismo sucede con la “unidad de la Vida”. Al sentirse separado de los demás se querrá sacar ventajas personales, aunque se atropelle a otros. Y así con todos los conceptos “cerrados” que impiden el libre fluir de la belleza, de la verdad, de la armonía, de la bondad, del amor. Al aferrarse a estos conceptos que muestra el mundo y que se aceptan por su apariencia sin suficiente análisis, se hace de la mente un pozo estancado y emponzoñado. Nos sucede como al hombre anterior a Galileo, que por muchos siglos vio que la tierra era el centro del universo y actuó de conformidad. Sin embargo, no pudo avanzar hasta cuando correlacionó el hecho aparente con los conceptos verdaderos.

Igual nos sucede con la “separatividad”. Nos vemos físicamente separados los unos de los otros y nos creemos el centro del universo como lo era la tierra para los antiguos. No somos capaces de vernos como parte de un todo armonioso en donde ningún fragmento es más importante que otro para el conjunto.

El hombre ha creado una muralla a su alrededor, y todo lo que hay dentro de esos muros lo llama “yo”, y todo lo que hay afuera lo llama “tu”, “ellos”, “aquello”. Se separa del resto de la naturaleza. Por consiguiente, hay millones de pequeños castillos aislados y rodeados por esas murallas de individualidad, y en cada castillo se alberga un despótico señor que se pasea de arriba a abajo en su fortaleza y se proclama como amo y dictador del mundo.

El sentido de separatividad es una de las ilusiones mentales que la raza humana debe abandonar. Debemos, por tanto, barrer con los conceptos preconcebidos, por muy queridos que sean para nosotros, si no se ajustan armoniosamente con el propósito total de la vida.

Los ejemplos anteriores nos muestran en qué forma nos puede engañar la mente. Y sin embargo, no tenemos por ahora otro instrumento superior a la mente para conquistar la Verdad.

En las escrituras cristianas se nos dice que “el cielo se conquista a viva fuerza”. Es decir, debemos pasar de la esfera gris a la esfera blanca, de hombres a héroes como en la mitología griega. Y la herramienta es la mente. La misma mente que creó los obstáculos debe destruirlos. Pero limpiar el canal para que fluya la corriente en ambas direcciones no será simple cuestión de llenarnos de nuevas teorías, sino de aplicar nuestra conducta, en todo instante, a lo que hemos descubierto y nuestra mente acepta como bueno y útil para el conjunto.

He venido hablando de que la corriente debe fluir en ambas direcciones. Esto requiere un poco más de análisis. Hay una corriente que viene del exterior. Corresponde a una riquísima información que nos llega por medio de los sentidos. Si esa información llega a la mente y no permitimos, por los obstáculos que hemos formado, que sea iluminada por la luz espiritual, no podemos relacionarla con el propósito de la vida. El resultado será una respuesta egoísta, prejuiciada, posiblemente destructora y cruel.

Como toda la información proviene del mundo físico en este caso, y no somos capaces de percibir nuestra fuente espiritual, de manera natural seremos materialistas con todas las limitaciones que esto implica. Es necesario que la mente se purifique y elimine los obstáculos, como hemos indicado anteriormente, para que la inspiración, que proviene de nuestra esfera espiritual, correlacione el conocimiento obtenido del exterior con el propósito del conjunto y lo ponga al servicio del progreso real, del bien, del amor, de la armonía universales.

No debemos olvidar que esa naturaleza espiritual siempre está lista a manifestarse, y que el único impedimento para hacerlo proviene de los obstáculos que nosotros mismos hemos creado. Una valiosa manera, imprescindible para abrir ese canal hacia lo interno, es la meditación. De ella hemos hablado en otras ocasiones y lo seguiremos haciendo.

La vida, sin el conocimiento del Plan Divino y del papel del hombre dentro de ese plan, carece de un propósito real y permanente. Nos limitaremos a buscar una bonanza física en

todo orden, a buscar el placer en todas sus formas y a evitar el dolor en nosotros y en nuestros seres más allegados. Los demás que se defiendan como puedan. Procuraremos prolongar la juventud por el mayor tiempo posible para poder gozar de la vida; obtener mucho dinero para rodearnos de cosas que hagan amable la existencia y satisfacer todos nuestros caprichos; y formas así por el estilo. Y así se va acabando la vida terrenal, no solo sin ninguna verdadera utilidad, sino incluso poniendo obstáculos en la vida de los demás.

Pero la vida tiene un propósito. El ser debe crecer integralmente para poder cumplir la razón de su existencia, que no es otra que la realización de su naturaleza eterna, inmortal, divina, y ayudar para que toda la humanidad logre esa realización. De tal manera que cada día, cada hora, cada instante, se convierte en un reto para nosotros. Cada contacto con el mundo nos depara una oportunidad para destruir prejuicios, para abrir nuestra mente, para responder cada vez mejor como seres espirituales, es decir, como lo que realmente somos.

Se nos presenta por consiguiente un desafío, una lucha, una competencia, en la cual tenemos que salir victoriosos. No es una competencia con los demás, como estamos acostumbrados a ver todos los días; ni se trata de juzgar en esa competencia cómo se desempeñan los demás; es un desafío con nosotros mismos. No debiera presentarse un solo día sin que al final de él no hayamos logrado una victoria, por pequeña que pueda parecer, sobre nuestra naturaleza inferior. Habremos tenido éxito en la vida si logramos este objetivo. El verdadero éxito no se mide por haber hecho una fortuna, o por escalar una alta posición social, política o económica, o por tener poder sobre los demás, o por haber gozado mucho. Ni siquiera por habernos desempeñado muy bien en el campo de nuestro trabajo o de la ciencia o del arte, aunque esto ciertamente tenga un valor relativo.

El verdadero éxito se mide por el crecimiento en el campo de los valores absolutos de lo eterno; por el crecimiento de nuestra capacidad de amar, de comprender, de servir, de perdonar, de identificarnos con el dolor humano; por el esfuerzo que hagamos para convertirnos en centros de paz, de serenidad, de armonía y bondad, que pueden enriquecer la vida de los que nos rodean; por nuestra creciente capacidad para llegar a ser canales útiles de todas las fuerzas de la Voluntad, de la Sabiduría-Amor y de la Inteligencia Creadora del Logos.

